



EL KERIGMA NIETZSCHEANO o DE NIETZSCHE PREDICADOR

Una clave para la interpretación de los escritos de Friedrich Nietzsche

ANDRÉS ARIEL LUETICH

FILÓSOFO

Área de Filosofía

Academia de Ciencias Luventicus

Dirección: Pasaje Monroe 2766, (2000) Rosario, Argentina

Teléfono: +54-341-4487316

Facsímil: +54-341-4397196

Correo electrónico: aluetich@luventicus.org

Página personal: www.luventicus.org/gente/aluetich.html

RESUMEN

Este artículo señala algunos ragos del pensamiento de Friedrich Nietzsche.

Palabras clave: Nietzsche; cristianismo; kerigma

Recibido el día 15 de enero de 2002

Actas Acad. Luv. 2002, **3**, 1 -4

ISSN 1666 -7581

Aceptado el día 18 de febrero de 2002

ftp.luventicus.org/trabajos/02 AAL003.pdf

© 2002 Academia de Ciencias Luventicus

Tanto la vida cuanto la obra de Friedrich Nietzsche se hallan profundamente marcadas por el cristianismo. Nietzsche reconoce que la total superación del cristianismo consistiría en que éste pase a un segundo plano, tornándose indiferente; pero es evidente que él no logra alcanzar ese grado "positivo" de superación. Nietzsche sigue implicado de un modo profundo y complejo con el cristianismo que combate, en una dialéctica de amor y odio tanto respecto del cristianismo mismo como del propio "Crucificado". Incluso en los años de locura se lo escuchará decir con frecuencia: «yo soy el Anticristo» y «yo soy el Crucificado».

Esta referencia se manifiesta en sus obras, en las cuales el cristianismo es un destinatario privilegiado de su crítica ácida y despiadada. La crítica alcanza a los valores cristianos (pobreza, humildad, trascendencia), sus modelos (sacerdote, santo), al cristianismo como fenómeno histórico-cultural y al propio Jesucristo

("el Crucificado"). Se trata de una dialéctica amor-odio porque, junto a una abrumadora mayoría de frases hirientes, hay un conjunto de afirmaciones en las que Nietzsche elogia fervorosamente a la jerarquía eclesial y al propio Jesús, como bien lo muestra Jaspers en su obra *Nietzsche y el cristianismo*.

Pero la referencia al cristianismo no se agota en lo temático, en el contenido de sus reflexiones, sino que se proyecta también sobre el modo, el estilo y la pedagogía nietzscheanos. El predicador cristiano, no ya el teólogo sino el evangelizador y el catequista, sabe bien que su misión es anunciar el núcleo central del mensaje de salvación, *el kerigma*. Todo otro anuncio, toda otra enseñanza, es superficial y prescindible. Por ello, cualquiera sea la situación, el predicador aprovechará el momento para recordar a la comunidad aquella enseñanza fundamental. Si lo llaman para rezar el responso por el fallecimiento de un feligrés, si le piden que organice una novena por una fiesta patronal, si ha de presidir la celebración de un matrimonio o un bautismo, el buen predicador aprovechará la ocasión para recordarles a todos los presentes que Jesús, Dios hecho hombre, murió y resucitó por nosotros.

Nietzsche es también un predicador, un eximio predicador. Su evangelio no es precisamente el de Jesucristo, pero su estilo es el mismo que han utilizado y utilizan los cristianos para difundir su fe. El método es simple, consiste en interpretar todo desde un núcleo central de afirmaciones esenciales. Por ello, su pensamiento no se expresa mediante la linealidad, la concatenación fundamentada de razonamientos que se sostienen mutuamente y permiten arribar, desde una afirmación primera, a una conclusión lejana. Su pensamiento se asemeja a la penetración en una esfera desde cualquier punto de su superficie hasta el núcleo central, que siempre es el mismo. Eugen Fink dice que Nietzsche piensa en relámpagos, sus pensamientos son como destellos de luz que iluminan todo en un instante. También se podría decir que son como heridas punzantes, que penetran desde cualquier temática concreta hasta el kerigma nietzscheano. Su habilidad incomparable consiste en mostrar —más que explicar— con pocas palabras, cómo cualquier fenómeno nos manifiesta la única realidad: la muerte de Dios, la nada de sentido y de valor, el superhombre como máxima posibilidad y el sentido de la Tierra.

El propio Nietzsche reconoce haberse visto forzado a escribir en forma de aforismos por sus migrañas recurrentes. En un principio esto lo enfadaba, por considerar que dificultaba su expresión y la comprensión de sus escritos. Sin embargo, hizo "de tripas corazón", y transformó esta dificultad en ocasión para

desarrollar su admirado estilo. La superación mediante el estilo aforístico, resultará provechosa para su condición de predicador de un nuevo evangelio. Los textos breves les permiten a sus afirmaciones ocupar el primer plano y no dejan mayor espacio para la fundamentación correspondiente. Cual predicador, Nietzsche anuncia y reclama conversión.

Otro indicador de que estamos en presencia de un predicador —como en el caso de Kierkegaard— es el hecho de que en sus discursos lo moral adquiere una relevancia mayor que lo intelectual, como bien lo muestra Peter Berkowitz al criticar a Nehamas su interpretación perspectivista de la muerte de Dios. *“Para Nietzsche, la muerte de Dios —esto es, la negación de que la naturaleza, la razón o la revelación proporcionen normas morales para el gobierno de la vida, o la creencia según la cual, como Nietzsche dice unas pocas secciones antes en La gaya ciencia, «El carácter total del mundo... es en toda la eternidad el caos» (109)— es la única explicación verdadera de las circunstancias en las que los seres humanos se hallan realmente. Paradójicamente, la condición humana así entendida, al menos en opinión de Nietzsche, genera imperativos morales y prácticos concretos y severos. Y él ve la aclaración de estos imperativos prácticos como su tarea principal”* (Berkowitz 2000). *“La ironía es que mientras rechaza el contenido de la piedad convencional ha adoptado, si bien con pobres resultados, los términos, la pose e incluso algo de la finalidad de los sacerdotes que denuncia. Como una parodia de un predicador itinerante, busca redimir un mundo caído y salvar almas perdidas, pero a diferencia de los sacerdotes y teólogos cristianos que condena no encuentra a nadie que acepte su mensaje de redención.”* (Berkowitz 2000)

Al abordar la lectura de un escrito nietzscheano es importante tener en cuenta el talante de predicador del autor, de portador de un nuevo kerigma. Nietzsche provoca e interpela, exige conversión, renuncia, opción. Pretende generar un cambio radical en su interlocutor y sabe que una transformación tan profunda difícilmente será generada por un razonamiento complejo e impecable. Antes bien, encuentra en las frases punzantes, en las exigencias extremas, en la actitud distante y enigmática los medios para tocar las fibras más íntimas y despertar a sus contemporáneos de su somnolencia. Descubrir su kerigma bien puede ser el objetivo para el estudioso de los ricos y variados escritos del filósofo de Röcken.

LECTURAS RECOMENDADAS

Berkowitz, P. 2000 *Nietzsche. La ética de un inmoralista*, págs. 19-20 y 182. Londres: Cambridge.

- Fink, E. 1993 *La filosofía de Nietzsche*. Madrid: Alianza.
- Jaspers, K. 1990 *Nietzsche y el cristianismo*. Buenos Aires: Leviatán.
- Nietzsche, F. 1999 *La gaya ciencia*. Madrid: Alba.
- Nietzsche, F. 1985 *Así hablaba Zaratustra*. Buenos Aires: Siglo XX.
- Nietzsche, F. 1986 *Más allá del bien y del mal*. Buenos Aires: Alianza.